

evidencia, en que los esclavos ven la libertad, los oprimidos la justicia, los pobres la caridad, los sabios la razón y la esperanza; doctrina cuya profundidad admiran los grandes talentos, cuya sencillez aman y acogen con solícito afán los pequeños.

Pero ¡cuánto debía prolongarse la lucha! Madurado habían los abusos y se habían incorporado en cierto modo á la sociedad, al punto de no poder ser estirpados más que con ella. Sólo grandes esfuerzos podían llegar á reconciliar, á confundir la civilización y la religión, desunidas había largo tiempo. Al reino de Dios se oponían la fuerza, las preocupaciones y la misma índole del hombre, que no se había emancipado de la corrupción, aunque el Redentor le hubo prestado ayuda para regenerarse. Ved que han transcurrido diez y ocho siglos y todavía baña la esclavitud extensas comarcas con sus horrores, aun subsiste la servidumbre feu-

dal en países civilizados: se ha hundido la aristocracia de sangre, pero se ha elevado la que se funda en el dinero y especula evidentemente con las lágrimas del pobre, computando lo que es preciso darle á fin de que sirva y muera sin rebelarse: una muchedumbre que ha menester razón, industria, amor, permanece todavía descuidada: aun subsiste el desafío, como también la guerra y el poder material, que pretenden tiranizar lo que es del dominio del talento.

Pero Cristo no bajó entre los hombres para hacer desaparecer los males que constituyen su legado; vino para traer la caridad, bálsamo que los alivia y consuela. ¡La caridad! virtud sin nombre entre los antiguos, considerada más bien como flaqueza, llega desde entonces á dulcificar inevitables miserias, á llorar con los que padecen y á transformar las más crueles desgracias en ocasiones de mérito, en vínculos de fraternidad.

CAPITULO VII

PRIMEROS TIEMPOS DEL CRISTIANISMO

No bien fueron vivificados los apóstoles por el Espíritu de consuelo, salieron por las calles de Jerusalén hablando á la muchedumbre que había acudido á la fiesta de Pentecostés, y convirtieron á tres mil personas, número que debía aumentarse de día en día. Admitíase á los prosélitos á la oración dentro del templo, y al misterio eucarístico, á la comida en comunidad dentro de las casas. Todos rendían á Dios acciones de gracias con sencillez de corazón y con entusiasmo.

Esperaban los hebreos en el Mesías á un redentor terrestre; y los profetas se expresaron de tal modo, que incurriendo en este error hasta los mismos apóstoles pedían á Cristo empleos en su reino, y se escandalizaban á la idea de sus padecimientos. Bastaron á desengañarles los asombrosos hechos con que el Mesías señaló su venida; pero los judíos persistieron con obstinación culpable en un yerro digno de excusa sólo á primera vista. Así, á la par que Judea, reconociendo el cumplimiento de las promesas divinas en un sentido más elevado y más fecundo, hubiera podido llegar á ser el punto de partida de la historia de las sociedades modernas, permanece, al revés, marcada con el signo de la reprobación y deja de operar su porvenir propio. Extinguida quedó la ciudad de la manifestación y de la paz, desde el momento en que hubo desconocido el símbolo que explicaba; pero los escombros del templo, cuyas piedras estaban cortadas y dispuestas misteriosamente, debían servir para levantar el admirable palacio del Dios eterno.

Al principio no se separaron los cristianos de los judíos, puesto que su religión no destruía la ley mosaica, sino que era al contrario su complemento; pero á fin de que se cumplieran las amenazas del Señor de dar ó guardar á otros su vida, empezaron á perseguirles los mismos judíos. Pedro y Juan, que atraían cerca de sí á gran número de personas,

curando á los ciegos, á los cojos, brindando el don de la palabra á los mudos, son detenidos en la cárcel, prohibiéndoseles hablar de Cristo y decir que había resucitado. Pero declaran que deben obedecer más bien á Dios que á los hombres, regocijándose de ser blanco de ultrajes por Jesús y de sufrir en su nombre. Mientras bautizan en su calabozo, se elevan por ellos hasta el trono de Dios continuas plegarias hasta el momento en que llega el ángel á libertarles de sus cadenas. Entonces el Sanedrín se apresta á darles muerte; mas oponiéndose á ello Gamaliel, doctor de la ley, son azotados en medio de la asamblea; y queda la Iglesia llena de edificación, sabiendo cuanto mérito atribuye su fundador á los padecimientos, á la resignación, á la esperanza (1).

Vivían los nuevos creyentes en santa armonía, y á fin de borrar entre ellos toda diferencia de fortuna, vendían en Jerusalén todo aquello de que eran poseedores, y luego llevaban á los apóstoles sus productos, para que los distribuyeran según las necesidades de cada uno y para que nadie sufriese por causa de indigencia (2). Aunque no debía existir entre los miembros de la asociación diferencia alguna, las viudas de los hebreos obtenían en las distribuciones cotidianas de alimento alguna preferencia sobre las de los helenitas ó extranjeros. Produjo esto desagrado, y en su consecuencia se nombró á siete diáconos de probidad reconocida, encargándoles no sólo distribuir el alimento temporal, sino también el cuerpo y la sangre que después de la comida de los fieles se consagraba todos los días en memoria de Cristo.

San Esteban.—Contábase entre el número de

(1) *Actos de los Apóstoles*, V.

(2) *Idem*, II, IV.

dichos diáconos Esteban, quien lleno de fuerza de alma y de la gracia celeste, iba á discutir á las sinagogas de Jerusalén, donde estudiaban judíos de todos los países. Cierta día entró en una de ellas, que se componía de los que Pompeyo había llevado prisioneros á Roma y habían recuperado su libertad posteriormente, adversarios que acometieron la empresa de contradecirle. Esteban les demostró la divinidad de Cristo y les probó que era realmente el Mesías anunciado por los profetas (30). Siéndoles imposible rebatirle con razones, le acusaron ante los tribunales de haber blasfemado de Dios y de Moisés; y como sostuvo la verdad intrépidamente, se echaron sobre él, le llevaron fuera de la ciudad y le apedrearon. Pidió á Dios, al morir, que les perdonase, y fué el primero que selló las palabras divinas con su sangre.

Santiago el menor, por sobrenombre el Justo, obispo de los fieles de Jerusalén, no bebía vino ni licore, andaba con los pies descalzos, cubierto con un tosco manto, y á fuerza de orar se habían hecho callosas sus rodillas como la piel de los camellos. Anán, el gran sacerdote, le hizo subir al terrado del templo de Dios para interrogarle, y luego que los fariseos oyeron su confesión de fe, le arrojaron abajo desde aquella altura (61). Ya Santiago el mayor había sido decapitado por orden de Herodes Agripa.

¡Ay de Jerusalén que mata á los profetas! Se acerca la hora en que las hijas de Sion han de llorar por el fruto de sus entrañas, y en que aquéllas cuyo seno es fecundo, envidien á los pechos que no han amamantado nunca.

Santos Pedro y Pablo.—Perseguidos los fieles se derraman por Samaria y por toda la Judea, multiplicando el número de prosélitos. Fué el principal de ellos Saulo ó Pablo, de Tarso en Cilicia, que habiendo nacido ciudadano romano, era de origen benjamita, y fariseo de creencia. Convertido al Evangelio, vino á ser su propagador más solícito después de figurar como el perseguidor más implacable. Sus epístolas desenvuelven la doctrina cristiana: rompe los lazos que unían á los nazarenos con la sinagoga, los eleva á la categoría de iglesia independiente, no circunscrita á un lugar determinado ni á límites de nacionalidad.

Después de haber sembrado el buen grano en Judea, quisieron los apóstoles llevar la buena nueva á las naciones donde no se había mostrado Cristo. Antes de partir como corderos en medio de lobos, redactan su profesión de fe: entonces Pablo se dirige á Grecia; Andrés visita á los escitas y vuelve por el Epiro y Grecia; Tomás vá á predicar á los partos, á los indios; Bartolomé á la Grande Armenia; Mateo á Etiopía; Judas á la Arabia y á la Mesopotamia; Bernabé y Simón á Persia; Matías á Egipto y á Abisinia: de tal modo que por toda la tierra resonó su palabra, y su voz retumbó hasta los confines del mundo. Juan siguió á la Virgen María á Efeso, y Felipe sufrió la muerte en Hierápolis de Frigia.

De Antioquia, ciudad principal del Asia, donde se aplicó primeramente á los judíos conversos el nombre de *cristianos* (42?), Pedro se encamina á Roma (3). El pescador de Genezaret llega á la metrópoli del orbe, para establecer allí la sede de otra unidad, para oponer á las infamias de Mesalina y á las detestables atrocidades de Nerón, la alta razón, la sublime verdad que perdona, instruye, consuela, y que sacrificándose por la humanidad, hace inútiles los demás sacrificios sangrientos. El odio de los romanos contra los judíos, y especialmente contra los recién convertidos, determinó á Claudio á expulsarlos, y San Pedro hubo de volver entonces al Asia. Me expreso en términos de la probabilidad, porque en aquella época de orgullo los grandes renovadores del mundo dejaron ignorar su camino.

Comía en Antioquia con los fieles incircuncisos; pero habiendo llegado algunos judíos convertidos, se separó de los primeros para vivir con los otros. Reconvinóle Pablo, diciéndole que aquello era atenerse demasiado á las figuras, debiendo caer éstas después de la aparición del figurado, y Pedro oyó con docilidad la advertencia. En seguida Pablo multiplicando las conversiones, entre las que merecen particular mención las de Timoteo y Lucas, médico de Antioquia, se dirigió á Atenas. Allí era el asilo de cuanto quedaba de la sabiduría y de las supersticiones de los griegos; tanto ciudadanos como extranjeros andaban siempre en busca de lo que había de nuevo. Pablo profesó la verdad ante la asamblea más venerada de la Grecia, y le hicieron burla algunos areopagitas: dijéronle varios: *En otra ocasión te oiremos* (4), como si hubieran creído tener ocupaciones más importantes que Dios y el hombre, la redención y el pecado.

No le estorbaron hacer muchas conversiones la severidad de este tribunal, la indolencia del gran número, la burla de los epicúreos. En todas partes era venerada la Diana de Efeso, símbolo oriental de la potestad de la naturaleza (5). Su culto daba margen á una porción de supersticiones, y especialmente á la fabricación de amuletos y de talismanes, conocidos bajo el nombre de letras ó cartas efesiacas (6).

(3) Es objeto de controversia la ida de S. Pedro á Italia, impugnándola vivamente los heterodoxos, porque muchos hacían depender de ella la institución apostólica de la Santa Sede en Roma; pero está probada por irrefutables argumentos. No es tan cierta la formación del símbolo apostólico que hemos indicado.

Desde el año 42 que hemos inscrito en el texto comenzarían los veinte y cinco años que el *Chronicon* de EUSEBIO señala al pontificado de S. Pedro.

(4) *Actos de los Apóstoles*, XVII.

(5) *Cujus numen unicum, multiformi specie, ritu vario, nomine multijugo, totus veneratur orbis*. APULEYO, II. Podían los romanos hacer mandas en favor de esta divinidad. ULPIANO, *Inst.*, tit. XXII.

(6) PLUTARCO, *Alejandro*. CLEMENTE ALEJ., *Strom.*, V.

Pablo ordenó á los neófitos que como primer testimonio de su conversión le llevaran aquellos instrumentos mágicos con los libros de misterios, y aunque su valor ascendía á 50,000 dineros, los entregó á las llamas (7). Esta acción y su resultado que fué quitar la costumbre de comprar, cual se hacía antes, figurillas y otras cosas referentes al culto de Diana, escitaron entre los artesanos que hacían este comercio, una sedición que se apaciguó con gran trabajo.

A su regreso de Tiro á Jerusalem, mientras predicaba en el templo, fué acometido y maltratado por los hebreos, hasta que se interpuso la guarnición romana (58). Lisias que era el comandante de esa guarnición y tenía á su cargo conservar el orden de la ciudad, quiso mandarlo apalearse; pero Pablo repuso: *No, porque soy ciudadano romano*. Verificado este aserto, el comandante lo sometió á un consejo de sacerdotes; pero siendo algunos de ellos saduceos y fariseos los demás, comenzaron á enredarse entre sí. Viendo Lisias que no se trataba de ninguna culpa, quitóles repentinamente de entre las manos á Pablo para que no sufriera nuevas injurias, y lo envió á Félix, gobernador de Judea; mas viendo éste que no se trataba en aquella cuestión más que de disputas religiosas, tuvo á Pablo custodiado en Cesárea por espacio de dos años, escuchándole entre tanto las discusiones que tenía sobre la justicia, la castidad y el juicio futuro. Terminado el proceso, apeleó Pablo al tribunal de César, por cuya razón le envió á Roma Festo, suesor de Félix. Allí efectuó muchos prodigios; y puesto á la libre custodia de un soldado con toda confianza y sin ninguna traba (8), convoca á los principales judíos, y encontrándoles sordos á sus palabras, les amenaza con que los gentiles recibirán la palabra de gracia que ellos desechan.

Epístolas de S. Pablo.—En el curso de dos años que permanece Pablo allí aguardando el fallo, aumenta el número de verdaderos creyentes; dirige cartas á las iglesias y á sus amigos, para afianzarlos en la fe, para aclarar puntos de doctrina, para estirpar los errores y las supersticiones que en la pureza de la fe hubieran impreso mancha. En ellas están claramente expuestas las ideas del derecho natural. Una gran familia de hijos del mismo Dios habita el mundo, bajo la misma ley moral (9); han caído las barreras que separaban á los hombres, y se han extinguido las enemistades (10); el amor de la humanidad sucede á los rencores de la ciudad, y no hay diferencia entre griegos y bárbaros, entre sabios é ignorantes, entre hebreos y gentiles (11). La nueva ley que regenera á la humanidad, no quiere derribar los poderes establecidos, sino recono-

cer en los débiles y en los oprimidos, derechos que deben respetar los fuertes (12). El yugo de que debe libertarse el hombre sin dilación, es el de la materia y los sentidos. De la materia provienen la disolución, las enemistades, la idolatría y los homicidios, y del espíritu la caridad, la paz, la paciencia, la humanidad y la pureza (13). No se pague, pues, el espíritu, y antes bien sustituya á la carne y á la letra de la ley (14). La verdad será perseguida; y sin embargo no debe refugiarse el cristiano en la muerte voluntaria, sino padecer bendiciendo á sus perseguidores, y pelear con el escudo de la fe, el yelmo de la salvación y la espada espiritual (15). En ellas también funda Pablo la teoría de las dominaciones, enseñando que Dios es la única fuente del poder; prohíbe el divorcio que expone la vida de la mujer á una inestabilidad peligrosa, y alaba la continencia con tal que no destruya.

Así esas cartas revelan por una parte la sublimidad de un talento lúcido y vigoroso, cuyo vuelo y profundidad no secundaba en ocasiones suficientemente el mismo idioma griego (16); por otra la sencillez del hombre que procura demostrar que no vive á costa de nadie, sino de lo que gana con sus propias manos (17); y recomendaba á Timoteo que le llevara con sus libros el manto que se había dejado en la Troade. Lo más admirable de sus escritos es el fervor de la caridad que le hace exclamar de este modo: «Si yo hablase lenguas de hombres y de ángeles y no tuviese caridad, sería como un metal que suena ó campana que tañe: si tuviera el don de profecía y supiera todos los misterios y toda la ciencia y tuviese bastante fe para trasladar los montes, sin la caridad nada sería. Y si distribuyera todos mis bienes en dar de comer á los pobres, y si entregaran mi cuerpo para ser quemado, y no tuviera caridad, no me aprovecharía nada. Aunque se hayan de abolir las profecías y hayan de cesar las lenguas y de ser destruída la ciencia, solo la caridad no fenece (18).»

Una tradición, que se remonta á los primeros tiempos, induce á creer que Pedro y Pablo sellaron su fe con el martirio en Roma el 29 de junio

(12) *Ad Rom.*, XIII, 1; *ad Ephes.*, VI, 5; *ad Coloss.*, IV, 1, etc.

(13) *Ad Rom.*, passim; primera *ad Corinth.*, II, 15, y *ad Galat.*, V, 19-23.

(14) Primera *Ad Tess.*, V, 19; *ad Rom.*, VII, 14; segunda *ad Corinth.*, III, 6.

(15) *Ad Rom.*, XII, 14; *ad Ephes.*, VI, 13, 17.

(16) Véase el principio de la epístola á los efesios.

(17) Era ley entre los sabios hebreos aprender algún oficio. El Talmud, tratado *Kidouschim*, *Pessari Aboth*, *Sota*, dice: «Quien no da una profesión á sus hijos les prepara mala vida. No digáis: Yo soy hombre de posición; esta ocupación no me conviene. El rabino Joanan era peletero, Nahum amanuense, otro Joanan hacia sandalias, y el rabino Judas era panadero.»

(18) Epístola I, *ad Corinthios*, c. XIII.

(7) *Actos de los Apóstoles*, XIX.

(8) *Idem*, cap. XXVIII.

(9) *Ad Rom.*, VIII, 14.

(10) *Ad Ephes.*, II, 14.

(11) *Ad Rom.*, I, 14; X, 12.

del año 67, y que santificaron con su sangre la tierra con la de tantas víctimas mancillada.

Entretanto cundía la luz poco á poco, sin que se apercibieron de ello los ojos del mundo, pero ganando siempre terreno y haciéndose sentir por las obras de caridad. Donde quiera que hubiese que enjugar llantos, que ilustrar á ignorantes, que consolar miserias, que infundir valor á almas caídas en desaliento, allí había un apóstol que, semejante al ángel de Dios, restituía la calma, y desaparecía al punto, dejando á los que había proporcionado consuelo colmar de bendiciones á una religión que parece se ocupa sólo en las cosas del cielo y derrama tanta felicidad sobre la tierra. Nuevos eran del todo aquel afán solícito por la infima clase, maldicida y hollada por los doctos y por los poderosos, aquellos ancianos que iban predicando á todos la palabra santa, aquellos diáconos repartiendo á los mismos que les apedreaban, abundantes limosnas, aquellos hombres piadosos apresurándose á acoger á los niños abandonados por sus padres, ó viciosos ú holgazanes, porque Cristo había dicho: *El que recibiere á un niño en mi nombre, á mí recibe* (19).

Corinto, la ciudad del libertinaje legal, donde se prostituían á millones las jóvenes en honor de Vénus, fué transformada por las epístolas de los apóstoles, y rayó en una perfección edificante: «¿Quién no aprecia, escribía San Clemente á los de aquella iglesia, vuestra firmeza en la fe, la moderación cristiana de vuestra piedad, la magnificencia de vuestra hospitalidad, la perfección y la solidez de vuestra sabiduría? Todas vuestras obras han sido ejecutadas sin excepción de personas, comunicándoos con ellas según la ley de Dios, insinuando á los mancebos la honestidad y la templanza, á las mujeres la pureza y la castidad de la conciencia, el amor á sus maridos, la sumisión, la economía modesta. Humildes, obedientes á vuestros pastores y respetuosos con los ancianos, más bien prontos á someteros que á someter á los demás, á dar que á recibir, contentos con lo que debéis á Dios, guardando su palabra, reinaba una dulce paz entre vosotros así como el deseo de hacer bien con una voluntad recta y una santa confianza. Ocupado noche y día en los intereses de vuestros hermanos, sinceros, inocentes, no conservando resentimiento por las injurias, llorais sobre los errores del prójimo como si fueran vuestros.»

De esta suerte estaba dirigido el rebaño por la voz y por el ejemplo de los apóstoles y de los obispos, dispuestos siempre á padecer sin exhalar una queja; porque Jesucristo no había anunciado riquezas, poder, goces, sino que había anunciado austeridades, persecuciones, y predicado la obediencia.

Su virtud severa aparecía templada por una benevolencia afectuosa. Juan, el discípulo muy ama-

(19) S. MATEO, XVIII, 5.

do, el evangelista del amor, el desterrado de Patmos, habiendo encontrado á un joven dotado de excelentes disposiciones, se lo recomendó á un obispo; pero éste le concedió una libertad demasiada lata, lo cual le hizo frecuentar malas compañías, y llegó hasta á acometer á los viajeros en los caminos. De vuelta Juan pidió cuenta al obispo del precioso depósito que le había confiado; y sabedor de que había muerto, es decir, de que estaba perdida su alma, gimió con toda la amargura de su corazón; luego se dirigió al bosque intestado por las fechorías de aquel infeliz. Tan luego como aquél le hubo conocido, apeló á la fuga; pero Juan siguió su huella, suplicándole que no se escondiese de su anciano padre desarmado, y no halló reposo hasta que se le hubo unido y atraído á la senda de la virtud nuevamente.

Este mismo evangelista se divertía cierto día con una perdiz domesticada; y como se asombrara un cazador de ver á un hombre tan venerable complacerse en aquel infantil jugo, éste le dijo: *¿Por que no tienes siempre tendido el arco que llevas en la mano?—Porque se rompería, tuvo por respuesta.—Esa es la razón, repuso el santo, de que yo de algún solaz á mi espíritu, para que resista mejor nuevas fatigas* (20).

Llegado á la caduca ancianidad ya no podía predicar ni someterse; pero hacía que le llevasen á la iglesia, donde sólo pronunciaba estas palabras: *Hijos míos, amaos unos á otros; y como sus oyentes le preguntaran por qué jamás les decía otra cosa: Consiste, respondió, en que tal es el mandamiento de Dios, y en que basta con observarlo.*

Al principio tuvieron que adoptar los cristianos todo artificio para ocultarse; consignas secretas, signos especiales, cartas y prendas de reconocimiento, cajitas en que llevar el viático á los enfermos, á los presos y á los que no podían salir de casa.

Comunmente iban los cristianos vestidos de blanco, con telas ordinarias, sin pliegues tales, ni lujo de adornos, á fin de que el traje no tuviera más valor que el hombre. Por la necesidad y no por la sensualidad regulaban la medida de sus alimentos; nutriánse de mejor gana con pescado que con carne, con manjares crudos que con sustancias sazonadas. Sólo hacían una comida al ponerse el sol, ó á lo sumo quebrantaban el ayuno con un poco de pan duro por la mañana. Prohibíase á los jóvenes beber vino; era lícito á los viejos con cierta tasa. No se veía rico ajuar entre ellos, ni preciosa vajilla, ni instrumento de música, ni perfumes. Durante la comida entonaban piadosos himnos, y desterrando las estrepitosas carcajadas, imperaba allí una gravedad modesta. Después de la cena alababan á Dios, y luego iban á reposar sobre un duro lecho, donde abreviaban el sueño á fin de prolongar su vida, levantándose muy temprano para cantar las alabanzas del Señor.

(20) EUSEBIO, *Hist.*, V, 13.

Para ellos Dios no tenía figura ni más nombres que el de uno, bueno, espíritu, criador y padre. Para rendirle homenaje no necesitaban volverse hacia la montaña de Sión ni hacia el Capitolio, sino que le hallaban en cualquier lugar y á todas horas, porque residía en su conciencia, y le tributaban veneración en cada una de sus obras, embebido en tanta grandeza de continuo su pensamiento. No obstante, destinaban algunas horas especialmente á la plegaria, recitando oraciones en pie, vuelto el rostro hacia Oriente, con la cabeza y las manos levantadas al cielo, y alzando al final un pie como viajeros prontos á abandonar la tierra.

El paganismo había idolatrado el cuerpo; los cristianos, por reacción, no quisieron reconocer en él más que fango y pecado. Consideraban por tanto la virginidad como un estado perfecto, llegando á convertirla en una pasión, como lo fué en otro tiempo el libertinaje: y hasta hubo doncellas que se mataron por no casarse. Este nuevo estado tuvo privilegios y divisas, porque las no casadas llevaban la cabeza descubierta y los cabellos sueltos sobre el cuello; y cuando Tertuliano quiso oponerse á ello, se negaron á cubrirse, porque éste era signo de sujeción al marido. Véase aquí á la virtud conduciendo á la libertad.

Sabían, no obstante, el precepto apostólico, *mejor es casarse que abrasarse*, y veneraban el matrimonio como sacramento y como intención del Criador. *En las enfermedades y en una edad avanzada, decían los viejos, no hay cuidados comparables á los que uno recibe de su mujer y sus hijos: amad el alma sin prestar al cuerpo más atención que la de recordar que es una estatua, cuya belleza induce á pensar en el escultor.*

Mujeres.—A la par que la especie humana se hallaba restituida á su naturaleza, había salido la mujer de la ultrajante nulidad antigua, llegando á ser igual al hombre por su común origen, aunque continuara sometida por la diferencia de sus ocupaciones y de su destino. María, la elegida del Señor, santificaba su sexo; al pie de la cruz habían aparecido piadosas mujeres; Cristo había platicado con ellas, perdonándoles sus culpas. Mujeres seguían á los apóstoles para servirlos, como habían hecho con Jesucristo Magdalena y las dos Marías. A menudo se hace mención de ellas en las epístolas y se les dirige el saludo de paz (22). Son admitidas en las asambleas, donde toman parte en la instrucción, en el sacrificio, en el ministerio. Bautizaban, profetizaban; y S. Pablo recomienda á Timoteo las que le ayudaron en la obra divina. Poco después fueron instituidas diaconisas, que debían de ser viudas, pero *verdaderamente viudas* (23), esto es,

de sesenta años por lo menos, haber dado de mamar á sus hijos, ejercido la hospitalidad, lavado los pies á los viajeros, consolado á los afligidos, haberse mostrado siempre castas, sobrias, fieles. Otras mujeres se afanaban por visitar á los presos, por llevarles en secreto el viático ó mensajes, por distribuir á los enfermos los dones de aquella piedad exclusiva de su sexo. Véaselas socorrer á los mártires, besar las heridas, presentarles un poco de agua durante el viático ó mensajes, recoger su sangre y sus huesos luego que habían exhalado el postrer suspiro. Luego comparecían intrépidas ante los tribunales, desafiaban el orgullo de los jueces y la ingeniosa crueldad de los tiranos, confiando su pura inocencia á aquel Dios que multiplicaba los milagros en favor suyo. En el martirio desmentían esa debilidad de que nuestra insultante adulación forma el dulce atributo de su sexo; haciéndose así más heroicas que los martirios, sino también á los atentados contra el pudor; pues á las que no podían ser dominadas en su debilidad, se procuraba vencerlas en su virtud. Así se hacían dignas de combatir á Venus; y mientras las paganas teniendo los honores de la castidad y los goces de la licencia exclamaban: *Vivir es gozar*, esas virtuosas y ultrajadas decían: *Vivir es sufrir*; y poniéndose al nivel de los hombres en medio de los suplicios, merecían gozar de los mismos derechos, preparando de este modo á la mujer, á costa de su propia sangre, la igualdad que le estaba reservada en siglos de civilización.

Tertuliano escribió dos libros sobre la hermosura y las galas de las mujeres, demostrando que el exceso de adornos sentaba mal á una mujer cristiana, y que ni brazos ni cuellos cargados de brazaletes y collares podían estar preparados á las cadenas y al filo de la cuchilla. En su tratado *Ad uxorem*, aparece la mujer de una manera muy distinta que en la sociedad pagana. Parte con su marido las ocupaciones, las creencias, la fe, como también la fortuna empleada en socorrer á hermanos menesterosos. La mujer convertida es una semilla que germina en el hogar doméstico; y si logra inclinar á su esposo á que la imite, inspira á sus hijos, á sus criados, nuevas ideas, nuevas admiraciones, nuevos deseos. La familia de Priscila es la primera en que se verificó el tránsito de las ideas orgullosas en que reposaba el patriciado antiguo, á los sentimientos de la fraternidad humana, que constituyen la igualdad del cristianismo. Tres Priscilas, Hilaria, Flavia, Severina, Fermina, Justa, Ciriaca, muchas Lucianas y otras ricas viudas convertidas en diaconisas, pasaban los días orando sobre las tumbas de sus maridos, adornándolas con el cuidado y secreto con que otras preparaban los gabinetes lascivos; madres y vírgenes santas expiaban el crimen de las que se prostituían por las diosas, orando asiduamente y socorriendo á los pobres y á los afligidos. Cuando ya no encontraba Vesta quien quisiera consagrarle la virginidad, se

(21) *Actos de los apóstoles*, I, 14.

(22) *1.ª ad Corinth.*, cap. XVI.

(23) *1.ª ad Thimot.*, cap. V.

ofrecían muchas doncellas á porfía para la custodia de los huesos sagrados de los mártires.

Más adelante debían fundar las mujeres con sus riquezas hospitales, y merecer la amistad y los elogios de los santos, como recibieron los de Jerónimo Marcela y Asela, la madre de éstas, Albinia, y Principia, hija de la primera. Pauta su amiga, Paulina, Eustoquia, Lea, Fabiola, la cual vendió todos sus bienes para fundar el primer hospital que opuso Roma á los monumentos de matanza y de prostitución, Melania, que mantenía á cinco mil confesores en Palestina; y á todas las vea y admiraba Jerónimo, no sólo pacientes, sino militantes. Muy pronto será convertido Agustín por su madre, educado por la suya Juan Crisóstomo, y salvado por la suya Basilio, del mismo modo que posteriormente fué santificado el rey Luis: y sentadas otras en el trono convertirán naciones enteras.

Catacumbas.—Semejante al loto de las fábulas indias flotando sobre las aguas del diluvio y llevando los gérmenes del porvenir dentro de su seno, aparecía por encima de la inmensa corrupción de Roma una iglesia que predicaba al Dios uno, bueno, muerto en la cruz, y la virtud de la resignación y del perdón. En aquella Roma incestuosa y parricida, almas, que no era digno de poseer el mundo, vivían en otra vida, huyendo de la persecución en el fondo de las cavernas hasta la hora en que eran llamadas á fecundar con su sangre el árbol de la regeneración. En el Lacio, en las cercanías de las ciudades de Ostia, Veletri, Tívoli, Preneste y Palestrina, á lo largo de los sinuosos valles que desembocan en la llanura del Lacio, y al lado de las cuevas donde por las noches encerraban los señores á centenares de esclavos, abandonados allí á la promiscuidad y á la blasfemia, se encontraban otros antros donde la humanidad se regeneraba en medio de sollozos; antros hendidos en las mismas rocas que suministraban materiales para voluptuosas moradas. En las catacumbas era donde los cristianos enterraban á sus muertos en nichos que tapiaban enseguida, encerrando allí los instrumentos de su suplicio, una ampolla con su sangre, insignias de su dignidad, y coronas para las vírgenes; también á veces se inscribía el nombre del difunto. Llamaban á aquellos asilos cementerios, es decir, dormitorios; expresión reveladora de una conciencia pura, consolada por la certidumbre de haber de despertar en otra vida.

En las vísperas de las solemnidades acudían alternativamente los piadosos sacerdotes, para cantar las alabanzas del Señor, á aquellos subterráneos lugares durante toda la noche. Servía de norte aquella melodía sagrada á los fieles, que ocultándose de la ciudad y de la *ergástula* de inhumanos señores, acudían en secreto á buscar á los ancianos mutilados en el martirio, á obispos libertados milagrosamente de la hoguera, á filósofos tras-

formados en apóstoles, que habiendo encontrado al fin la solución de todas las dudas, se consagraban á llevar la verdad á las naciones rodeadas con la sombra de la muerte, y á testificarla con su sangre.

Presidían la asamblea el obispo y el más anciano de los sacerdotes; mientras roía el egoísmo á la sociedad antigua mortalmente, sobraba lozanía en la nueva, donde se derivaba el amor del inagotable manantial de la fe. Para sus miembros la vida era un combate; la muerte, un premio de que debían hacerse merecedores. En los lugares dedicados al Señor desaparecían las inhumanas distinciones del siglo. Asentábase el rico junto al pobre á quien nutría con sus beneficios. Vírgenes de la condición más humilde, cubierta la cabeza con velos de blanco lino, llevando al cuello la imagen del cordero que borra los pecados del mundo, cantaban y oraban con las matronas y las viudas de los senadores y de los procónsules, que después de haber entregado todas sus riquezas á la asamblea de los fieles, distribuían á falta de dinero, los socorros de la caridad. Todo el ornamento de aquel sitio consistía en el sepulcro de un mártir, en algunas flores, en algunos vasos de madera, en un corto número de antorchas ó de lámparas para leer el Evangelio. Allí no se distinguían el obispo, el diácono, el sacerdote, es decir, el presidente, el anciano, el criado, sino por una virtud más eminente, por su mayor caridad y ciencia, á fin de poder consolar y sufrir mejor, restablecer la paz, compadecer y divulgar la palabra.

Unidos en la misma moral, en la misma religión, en la misma esperanza, se reducía su conjuración á orar á Dios en comunidad y á leer las Sagradas Escrituras. Todo el que podía, llevaba cada mes un poco de dinero para alimentar y dar sepultura á los pobres, para prestar socorros á los huérfanos, á los naufragos, á los desterrados, á los condenados á la última pena. Como hermanos se hallaban dispuestos á morir unos por otros; todo era común, á excepción de las mujeres: llamábanse obras de caridad (*agape*) sus comidas; sentados á la mesa de la sinaxis hacían circular los cálices de la sangre divina, luego consumaban la comida á gloria del que la da, amenizándola con el júbilo del perdón y del sacrificio en el seno de una fraternidad afectuosa (24).

(24) La parte histórica de la ciencia teológica ha sido estudiada sobremedida en Alemania por católicos y protestantes. La *Kirchengeschichte* de CARLOS HASEL (Jena, 1834), protestante, sirvió de modelo al católico Alzog, y ha sido ampliada en las ediciones sucesivas. Véase F. X. KRAUS, *Lehrbuch der Kirchengeschichte* (Tréveris, 1881). *Real Encyclopädie der christlichen Alterthümer*, donde trata principalmente de las catacumbas y descubrimientos del arqueólogo De Rossi.

CAPITULO VIII

GALBA, OTÓN, VITELIO

Si el pueblo y el Senado se habían alegrado de la muerte de Nerón, debieron quedar consternados al pensar en el modo con que acababa de ser elegido Galba. Podía, pues, designarse emperador fuera de Roma; este peligroso secreto acababa de ser revelado (1); y residía de consiguiente en el ejército el poder supremo, y el despotismo, aristocrático hasta entonces por la elección del Senado, se hacía democrático por la elección de los soldados.

Servio Sulpicio Calba había nacido en Terracina de una familia ilustre; rico y ambicioso, le habían anunciado el imperio una porción de presagios, y durante su pretura supo grangearse el cariño del pueblo, proporcionándole un espectáculo nuevo el de elefantes bailando en la maroma. Nombrado para el mando de las tropas de Germania, restableció allí la disciplina. Fué amado por Claudio; luego se oscureció en tiempo de Nerón, lo mejor que pudo, para no excitar sospechas. Como aguardaba á cada instante ser proscrito, nunca salía sin proveerse antes de una gruesa suma de dinero, para el caso de que tuviera que apelar de improviso á la fuga. Entre tanto le confió Nerón el gobierno de la España Tarraconense, donde después de haber hecho alarde en un principio de rigor extremo, suavizóse en breve, ora por natural indolencia, ora por miedo.

Se hizo amar en esta provincia poniendo coto á las concusiones, y ella le prestó su apoyo cuando se rebeló contra Nerón á fin de dar al pueblo, según su dicho, el primero de los bienes, la libertad que le habla arrebatado un monstruo. Pero cuando Vindex se quitó la vida y cuando declaró Virginio que no quería el imperio ni sufriría que otro le alcanza-

se sin beneplácito del Senado, viendo vacilante la fidelidad de sus tropas, se retiró á Clunia (de España) con intención de darse muerte.

A este tiempo sabe que Nerón ya no existe; y súbito reviven sus esperanzas, toma el título de emperador (9 de junio de 68), y luego se encamina á Roma con la muchedumbre de los que se inclinan ante el sol naciente. Pero comienza bajo tristes auspicios su reinado, castigando á las ciudades y á los individuos que habían rehusado sostenerle en su rebeldía. Entre los rivales, que podían infundirle temores, le prestó obediencia Vespasiano, ocupado á la sazón en la guerra de Judea: Virgilio Rufo rehusó el imperio que le habían ofrecido; y sólo Ninfidio Sabino, comandante de los pretorianos á quienes había ganado con sus liberalidades, recibió los homenajes del Senado, al cual dirigió graves reconvenciones por haber enviado á Galba despachos sin haberlos autorizado con su sello.

Aunque carecía del título de emperador, no por eso dejaba de ejercer la autoridad soberana, y hacía columbrar que si había caído el tirano, quedaba en pie la tiranía. Mientras que senadores y patricios se agolpaban á porfía á su puerta felicitándole por haber depuesto á Tigelino y salvado la patria, se conciliaba el afecto del pueblo, entregándole los amigos de Nerón en espectáculo y para que les dieran muerte: no tardó en llevar el abuso del poder tan lejos que Maurisco, senador venerable, llegó á decir en la curia: *Mucho temo que este nos haga echar de menos el gobierno de Nerón*. Pero habiendo querido al poco tiempo Ninfidio sobornar á los soldados, para que le proclamaran emperador, se arrojaron sobre su persona y le arrancaron la vida.

Hízose tanta matanza entre sus cómplices y parciales, que pudo bastar á los romanos el anuncio de que el dulce Galba no se apartaría de los san-

(1) *Evolgato imperii arcana principem alibi quam Roma fieri*. Tácito, *Hist.*, 1, 4.